

RECUPERAR LA MEMORIA HISTORICA: EL CUADERNO MANUSCRITO DE LA ESCUELA MODERNA

ALBERTO HERNANDO

En los últimos tiempos la sociedad civil ha recobrado parte de su poder tribunicio gracias a los movimientos antimilitaristas. Así lo constatamos en el aciago plebiscito sobre el ingreso de España en la OTAN donde el Estado se escindió de amplios sectores de la sociedad. La actualidad, con el desmoronamiento de los sistemas políticos de los países del Este, ha demostrado *ad nauseam* la inoportunidad de aquella decisión militarista del PSOE; así como la realidad ha reiterado el incumplimiento doloso de los términos aprobados por el referéndum.

Afortunadamente corren tiempos de distensión entre los dos grandes bloques militares aunque persistan tristemente los pudrideros bélicos localizados. Que la estentórea exhibición de músculos de la era reaganiana haya cedido no evita que las lógicas militaristas prosigan su colonización de la sociedad civil: en muchos países como umbrío poder cauterar, y en otros, mixtificando sutilmente su ideología por todos los entramados de la sociedad. Frente a esa intoxicación, el movimiento pacifista, en la coincidencia de todas sus agregaciones (antimilitaristas, no violentos, insumisos, objetores de conciencia...), ha reavivado ocasionalmente a los desfallecidos movimientos políticos y sociales de la izquierda. Este hecho es positivo en sí mismo, pero igualmente desvela la fragilidad —o la falta de ideas— de los grupos políticos que recurren al antimilitarismo como si de un luminoso descubrimiento se tratase o fuera el remedio de todos sus males. En la busca de su reproducción militancial o la recuperación de su poder de convocatoria, algunos conspicuos partidos de la izquierda comunista y/o anticapitalista realizan ostentosas declaraciones antimilitaristas obviando que su propio acervo ideológico y estratégico contradice tal efusión reciente.

Fuera de los partidos políticos estructurados (identificables por una ideología y una disciplina), los contornos del movimiento antimilitarista son evanescentes, tanto porque quienes allí concurren suelen hacerlo —aunque fervorosamente— en forma eventual; como por la confusión ideológica que todo el movimiento conjuga. Esta inconstancia y mixtificación ideológica explica que no se sepa a ciencia cierta la alquimia que hace que unas convocatorias susciten una gran expectación y sean nutridas, y otras apenas tengan resonancia y resulten menguadas. A estos efectos también contribuye una pervisión del sentido que se atribuye a los límites del antimilitarismo. Para unos, el movimiento, puntual y temático, es un "frente más de lucha" (el lenguaje de connotaciones belicistas paradójicamente persiste sin remedio en los discursos antimilitaristas) subordinado a una intangible prelación en la importancia de "tareas revolucionarias". Para otros, sobre todo algunos segmentos de las nuevas generaciones jóvenes que acceden a sujetos sociales en su participación en las manifestaciones contra el sistema militarista, el movimiento constituye un universo cerrado en sí mismo. La desorbitada creencia de estar ejerciendo un relevante protagonismo social dista mucho de la realidad de una sociedad compleja y con necesidades radicales, por el momento, más apremiantes. Del mismo modo, se sublima la eficacia de las acciones en su enfrentamiento con el poder subestimando la capacidad de

éste para recuperar disidencias e impugnaciones o para manipular en su beneficio la memoria y la opinión colectiva.

Tanto en el primer caso como en este último, ignoran —acaso uno por desidia y otro por inexperiencia— que ser revolucionario (pese a estar en cuarentena este concepto por pruritos difíciles de explicar, sigue siendo más explícito que los ambiguos términos "progresista" o "demócrata" tan manidos hoy en las declaraciones vergonzantes de justificación o los actos de fe) conlleva ser antimilitarista y no necesariamente a la inversa. No existe especificidad ni divisiones paralelas en competencia. El antimilitarismo, como otros conceptos fundamentales del proyecto revolucionario (feminismo, ecologismo, pacifismo, igualitarismo, hermanamiento racial, etc.), forma un conjunto imbricado y fundido entre sí; complementarias unas partes con otras, catalizantes mutuamente, formando un rizoma que da sentido y fuerza, que sanciona la potencia del proyecto revolucionario.

Esta especie de narcisismo en los nuevos sujetos sociales o de conversión luminosa en el caso de los partidos tradicionales tiene sus causas en la pereza a recurrir a la memoria histórica. Si a ella se remitieran, advertirían sin mucho esfuerzo un cúmulo fructífero de fuentes y ejemplos de valerosos actos en contra de la guerra y de los ejércitos. En alguna épocas incluso el movimiento tuvo un calado y unas repercusiones sociales muy superiores a las movilizaciones que ahora nos parecen extraordinarias. Las secuelas de la guerra (destrucción, muertes, inválidos, hambre, pobreza...) y la ideología básica de la casta militar (sociedad jerarquizada, disciplinada y dirigida autocráticamente) constituyen, especialmente para las sociedades todavía sensibles por sus cicatrices bélicas aun abiertas, una permanente amenaza. El miedo colectivo a ese acecho anunciado repercute sin duda en las conductas amedrentadas que sirven de soporte ciego al poder instituido, pero también provocan flujos sociales de impugnación y resistencia hacia ese poder que hace plausible unas renovadas calamidades bélicas.

La guerra franco-prusiana y la represión sangrienta de la experiencia comunera de París (1870) servía de revulsivo a los movimientos sociales para arrear su propaganda y acción ideológica y política contra el militarismo. Folletos, panfletos, revistas o novelas sociales sobre el tema tuvieron una prolija producción y circulación a finales del pasado siglo y principios de éste. No sólo se denunciaba críticamente las conflagraciones puntuales y sus miserias, sino también los derroteros de la sociedad influenciada por la ideología militar: estructura jerarquizada de la producción fabril, trazado de vías férreas y viales según el interés para facilitar los pronto desplazamientos militares, construcción según esquema militar de los asentamientos mineros, escándalos jurídicos como el caso Dreyfus, utilización del ejército para reprimir huelgas, etc.

La sociedad española finisecular igualmente estaba cruzada por los discursos en pro y contra del estamento militar. Todo el siglo XIX en España está recorrido por pronunciamientos militares, desastres bélicos, cruentas guerras civiles, infames represiones de los movimientos de emancipación

colonial (recordemos que la práctica generalizada de los campos de concentración fue una innovación militar del general español Weyler en la insurrección cubana) y "espaldones cautelares o ejerciendo directamente el poder. Recientes las heridas del desastre colonial en Cuba y Filipinas, el imperialismo español, poco escarmentado por sus lecciones bélicas, e insensible a los sufrimientos y estragos que su avidez, directamente proporcional a su inoperancia estratégica" (Geoffre Reagan: *Historia de la incompetencia militar*; Crítica, 1990) provocaba en los ciudadanos, volvía a aventurarse en expansiones militares en el norte de África. Esa perseverante contumacia exasperó los ánimos ya sobrecargados de la opinión pública, que en un proceso paulatino de denuncias y movilizaciones, vehiculadas fundamentalmente por las nacientes organizaciones obreras, desembocó en enfrentamientos sangrientos cuyo clímax fue la "Semana Trágica".

Uno de los más célebres chivos expiatorios de la represión que sucedió a aquellas convulsivas jornadas fue Francisco Ferrer i Guardia quien, tras la impostura de un juicio formal, frente a un piquete de ejecución en los ominosos fosos del castillo de Montjuich, pagó con su vida la sed de sangre del estamento militar. Se le acusó (sin pruebas demostradas) de ser uno de los instigadores directos de las violencias desatadas durante la Semana Trágica, pero en puridad lo que se le estaba imputando era su mantenida trayectoria antimilitarista, no sólo de su reconocida opinión, sino incluso por haberla instituido como materia lectiva en su programa pedagógico.

En el inicio de la Escuela Moderna no existían libros de texto a semejanza con los métodos empleados por la Institución Libre de Enseñanza. Sin embargo, en 1902, Ferrer convocó un concurso (con premios en metálico) para dotar de libros referenciales a sus alumnos de acuerdo con los principios de la Escuela Moderna. Al parecer no resultó fructífera esa medida y, salvo las abundantes obras de geografía y ciencias naturales de Odón de Buen, se tuvo que recurrir a traducciones de autores extranjeros. De este modo, en 1903 se publicaba por las ediciones de la Escuela (la editorial actuaba como complemento divulgativo de los programas pedagógicos) una obra que, bajo el título de *Cuaderno manuscrito. Recapitulación de pensamientos antimilitaristas*, traducía la antología de textos que, desde criterios históricos, filosóficos y literarios, años antes Jean Grave había compilado en Francia con el título de *Guerre Militariste*.

La calidad y sencillez de los textos era muy recurrente para la intención de formación integral de la Escuela: "Parecíanos material utilísimo y de buena ley para fortalecer los sentimientos de justicia aun no pervertidos de la infancia, para prevenirla contra sugestionés interesadas y malévolas de los privilegiados". Con distintas caligrafías fueron copiados los diversos textos. Muchos de ellos tenían como tema central la guerra y los vértigos militaristas, como son los casos de *La guerre et les Armées permanentes* de Patricio Larroque, *Les guerres et la paix* de Carlos Richet y *La glorie du sabre* de P. Vigné d'Octon. Otros textos trataban el problema de la violencia y las miserias de los conflictos bélicos incluyéndolos, ya fuera desde criterios filosóficos o ficciones noveladas, dentro de una perspectiva más amplia. El plantel de autores seleccionados es tan significativo como inapelable es el crédito de su opinión: La Bruyere, Flammarion, Ch. Latourneau, J. Novicow, C. Tillier, Guy de Maupassant, Boucher de Perthes, Anatole France (posteriormente uno de los más destacados defensores internacionales durante el juicio a Ferrer), Tolstoi, Voltaire, Zola, Alphons Karr, el capitán G. Moch (*L'Ere sans violence*), Herbert Spencer, C. Lemonier, A. Preuvrier, Ernest Renan y Ermann-Chatrion.

El valor pedagógico que se conjuga en el libro es múltiple. En principio, su metodología manuscrita constituye un acto simbólico, una especie de ritual mediante el cual sus redactores, en comunión con los autores traducidos, se juramentaban cómplices para la divulgación de las abominaciones de

la guerra y el militarismo. El esfuerzo de manuscrición y las diferentes caligrafías implicaba una reafirmación por la libertad y diversidad del pensamiento y un recordatorio de los costes necesarios para salir del obscurantismo. Por otro lado, representaba un lúcido intento por romper la lógica de los planes de estudio oficiales; planes integradores y reproductores del orden dominante. Inscrito el *Cuaderno manuscrito* como una enseñanza ética libertaria, contribuía a alimentar los sentimientos de igualdad entre los hombres y repudiaba a la violencia como el soporte esencial de los privilegios y el poder. Finalmente, la obra permitía una mejor y más amplia difusión de que "La guerra es la más criminal aberración de los hombres, y el militarismo, la reunión de sus ejecutantes; ambos sostienen el privilegio dominante en la sociedad actual; y (...) la paz, fundada en la justicia social, es el mayor bien a que puede aspirar la humanidad y la fraternidad de la sociedad futura, su mejor recompensa." Así finalizaba el prólogo al libro redactado, de la misma forma manuscrita que el resto, por el propio Ferrer i Guardia.

Que Ferrer i Guardia fuera una de tantas víctimas del irracionalismo militar que él denunciaba es todo un paradigma simbólico de la certeza ética de su empeño, y al mismo tiempo, la evidencia de los peligros de las amenazas militaristas que infructuosamente trató con tanta porfía en conjurar. La ejecución de Ferrer Guardia revistió así de una significación de venganza que aplacaba momentáneamente la reacción biliosa de un sector del Ejército que ya anteriormente se había manifestado en las destrucciones de las redacciones de la revista *Cu-Cut* y *La Veü de Catalunya* (1905) o del periódico de Alcoy (1906) como muestra de su prepotencia y culto a la fuerza necia; contrafigura de la razón e inteligencia. Sin embargo, la muerte como respuesta no amedrentó a la resistencia civil que siguió impugnando al sistema militarista. Un sólo dato sirve de botón de muestra: si en 1901 el porcentaje de prófugos del Ejército se situaba en el 7,15% de sus efectivos de recluta, en 1914 la tasa se incrementó al 22%. Estas ratios eran las más altas de Europa, como igualmente lo era el índice de mortalidad extramilitar del servicio militar que alcanzaba la cifra del 5,7%. El Ejército español era por aquella época una maquinaria pesada y herrumbrosa, con dotación arcaica, mal surtida (especialmente por una anticuada industria militar propia) y pertrechada, desproporcionada entre su nutrida oficialidad y la clase de tropa (12.000 oficiales para 100.000 soldados en 1912), deficientemente alimentado y con condiciones higiénicas lamentables. Esta situación calamitosa convertían al Ejército en un peligro en sí mismo más que en la potencia letal de su plausible intervención en acciones de guerra.

En Europa, especialmente en Francia con la constitución en el congreso de Amiens (1906) de fuertes sindicatos de tendencia anarcosindicalista (CGT), la propaganda antimilitarista no sólo formaba arte de sus resoluciones congresales, sino que era materia frecuente en sus publicaciones. Alphonse Merrheim, uno de los más conspicuos sindicalistas de esos momentos, fue sin duda quien más alertó a sus compañeros y ala sociedad francesa de los peligros del militarismo como brazo ejecutor de los intereses del capitalismo imperialista. A este respecto y en relación con los acontecimientos de la Semana Trágica escribirá "Los acontecimientos de España y el capitalismo en Marruecos" (*Le Mouvement Sociale*). Otros sindicalistas como Delaise o Pierre Monatte, a través de las revistas *La guerre sociale* o *Vie Ouvrière*, también contribuirán a publicitar sobre la amenaza suspendida de una nueva conflagración entre las naciones por la colisión de sus intereses económicos.

Pese a que en las cercanías de la guerra las organizaciones obreras habían desplegado un ingente esfuerzo por delimitar los intereses de la patria y de los obreros, llegando incluso a manifestar que "En caso de guerra entre las potencias europeas, los trabajadores responderán a la declaración de guerra con una declaración de huelga revolucionaria",

cuando estalló el conflicto prevaleció sobre la razón el patriotismo chovinista. De nada sirvió que organizaciones francesas y alemanas en 1913 desarrollaran una campaña de colocación de carteles donde se leía: "La masa de ambos pueblos, por una mayoría aplastante, quiera la paz y tiene el horror de la guerra". Desde el atentado de Sarajevo el archiduque Francisco Fernando el 28 de junio de 1914, las relaciones diplomáticas de los bloques militares europeos están recorridas por crispadas negociaciones y amenazantes ultimátums. Tres días antes de que Alemania declarara la guerra a Francia fue asesinado el ilustre socialista Jean Jaurés, quien ese mismo día desde las páginas de *L'Humanité* había redactado un vehemente artículo en contra de la euforia belicista del chovinismo francés.

La guerra sumió a toda Europa en una letal vorágine. El vivo y pasional alegato antimilitarista argumentado en las vísperas de la conflagración quedó sepultado por las miserias y desastres de la guerra. Vivir en las carnes la realidad cruda de la destrucción y la muerte no sirvió de enseñanza alguna sobre la animalidad del ser humano y su irracional venalidad. Al contrario, supuso una suspensión del tema y su bloqueo.

El movimiento obrero quedó de nuevo dividido y la II Internacional se deshizo: el grueso de la socialdemocracia alemana optó por apoyar a los Imperios centrales y el resto de las secciones de la Internacional por los Aliados o por el alineamiento con sus países de origen en el conflicto. El movimiento obrero español osciló en la recomendación retórica de convertir la guerra en una revolución proletaria y el apoyo moral a las naciones aliadas.

La Primera Gran Guerra provocó un corte radical en el alegato antimilitarista que quedó relegado — cuando no olvidado — de los discursos sociales. La revolución rusa y el entusiasmo que suscitó, sin duda contribuyó a arrinconar los predicamentos antimilitaristas en el acervo cultural e ideológico de los movimientos sociales junto con las prácticas en su difusión, que, como hemos constatado ejemplarmente realizaba la Escuela Moderna o los ateneos librepensadores o libertarios.

El ingenio tenebroso para convertir la guerra en una máquina eficaz de desolación y muerte, la perfección en la aniquilación sistemática y el marasmo de miserias en que quedó sumida Europa, no tuvo como efecto inmediato un unánime e inapelable repudio de la guerra y de aquellos que la utilizan en su propio provecho a expensas del sufrimiento y dolor de los pueblos. El cansancio y anonadamiento de aquellos turbulentos años junto con el estallido de la revolución en Rusia en el primer caso por la precaución de no alimentar odios ni reabrir heridas, y en segundo por las expectativas que suscitaba, acaso recomendaran la prudencia y amortiguar — emplear con sordina — el discurso antimilitarista. Por las causas que fuere, en el periodo de entreguerras las críticas antimilitaristas coexisten en paralelo con una exaltación de las formas y glorias de los ejércitos revolucionarios.

En los países que más directamente sufrieron las consecuencias de la guerra tuvieron lugar movimientos literarios

y artísticos que se nutrieron de las aciagas historias e imágenes de su reciente tragedia. Así, en Alemania, el expresionismo ha legado para la historia de la pintura (los nazis calificaron a estas obras como "arte degenerado"), de la mano de Otto Dix, George Grosz, Ludwig Meidner, Hannah Höch o John Heartfield, un monumento, tan acerado como sordido, de los desastres patéticos de la guerra. Igualmente, desde la literatura, Henry Barbusse (*El fuego*) o, en su lado opuesto de la ideología, Ferdinand Céline (*Viaje al fondo de la noche*) narraron magistralmente con un realismo descarnado las lacras de la guerra. El humor sarcástico contra el militarismo, al igual que hiciera Alfred Jarry desde la revista *Le Canard sauvage* antes de la conflagración, tuvo en la revista *Simplicissimus*, editada en Munich por Alfred Lange, un baluarte pese a las censuras y ataques judiciales (Frank Wedekind fue condenado a seis meses de cárcel por satirizar en un poema, junto a una caricatura de T. T. Heine, al emperador Guillermo II).

Frente al despliegue de críticas y satirizaciones del militarismo, los intelectuales y los líderes del movimiento obrero se vieron atrapados por la incertidumbre: si bien debían condenar la violencia como algo no deseado, no podían, sin embargo, renunciar a ella como un medio de liberación del dominio capitalista. La revolución rusa era un paradigma para tal efecto. La fascinación de aquellos "diez días que conmovieron al mundo" y su resistencia heroica al acoso de las potencias imperialistas y los ejércitos blancos, obligaba a tomar drásticamente posiciones de partido. La apología del ejército rojo o la teorización de la ineluctable insurrección armada, tuvo entonces tanta profusión como los ataques al viejo militarismo capitalista. Con el nombre de A. Neuberger, lo más granado de la III Internacional (M. Tujachevski, H. Kippenberger, Ho Chi Minh, Unschlicht, Piantnitski, Togliati y E. Wollenberg más conocido por su intervención en las Brigadas Internacionales en la guerra civil española como general "Walter"), dará cuenta de los levantamientos de Reval (Estonia), Hamburgo, Canton y Shanghai, apostando por la vía insurreccional. De nada sirvió que tras la represión del alzamiento popular de Kronstadt por el *Ejército Rojo* se revalidaba que un ejército, a pesar de la ideología que en origen lo informaba, se convertiría en fracción del poder del Estado en un garante de las tentaciones autoritarias. La historia de los países del Este y la propia organización del Estado soviético son una incesante fuente de ejemplos sobre la degradación de los impulsos revolucionarios cuando se corporativizan sus organismos dirigentes ya sean políticos o militares.

Los paréntesis de las movilizaciones contra la guerra de Vietnam o las suscitadas por la amenaza belicista de Reagan volvieron a recuperar una parcela preterida de la ética humanista: aquella que condena el militarismo en todas sus formas por muy sutiles y difusas que sean. Recuperar la memoria histórica de todos los antecedentes contra la guerra y, sobre todo, readquirir aquellos hábitos ejemplares de crítica y denuncia empleados por la Escuela Moderna es una tarea imprescindible para no bajar la guardia contra las sempiternas amenazas de delirios militares.